

**ARTIGO** <https://doi.org/10.22481/praxisedu.v16i37.6402>**EL MACHISMO Y LAS PERFORMANCES DE LAS MASCULINIDADES  
HEGEMÓNICAS**

MACHISM AND THE PERFORMANCES OF HEGEMONIC MASCULINITIES

O MACHISMO E O DESEMPENHO DAS MASCULINIDADES HEGEMÔNICAS

*Jorge García Marín*

Universidade Santiago de Compostela – Espanha

*Tânia Cristina Rocha Silva Gusmão*

Universidade Estadual do Sudoeste da Bahia – Brasil

**Resumo:** Neste trabalho refletimos sobre a construção de novas identidades masculinas baseadas em modelos fluidos, e que não podem exercer o machismo por 24 horas, por isso necessitam da performatividade das identidades hegemônicas como um recurso de sobrevivência patriarcal. Brevemente, comentamos alguns dos territórios como o futebol e os bares que atuam como campos sociais onde essa estrutura patriarcal se reproduz e trazemos exemplos de hábitos que continuam estruturando o patriarcado. Concluímos, entre outras coisas, que a ética do cuidado aplicada à educação das crianças pode proporcionar uma mudança radical na concepção do ser humano.

**Palavras-chave:** masculinidades hegemônicas, futebol, prostituição, patriarcado.

**Abstrac:** In this work we reflect on the construction of new masculine identities based on fluid models, and that they can not exercise machismo for 24 hours, so they need the performativity of hegemonic identities as a patriarchal survival resource. We briefly comment on some of the territories such as football and bars that act as social fields where this patriarchal structure is reproduced and we bring examples of habits that continue to structure patriarchy. The ethics of care applied to the education of children could be a radical turn in the conception of the human being.

**Keywords:** hegemonic masculinities, soccer, prostitution, patriarchy.

**Resumen:** En este trabajo reflexionamos sobre la construcción de nuevas identidades masculinas basadas en modelos fluidos, y que no pueden ejercer el machismo de 24 horas, por

lo que necesitan la performatividad de las identidades hegemónicas como recurso de supervivencia patriarcal. Brevemente repasamos algunos de estos territorios como es el fútbol y los bares actuando como campos sociales donde la estructura patriarcal se reproduce e ejemplificamos algunos de los hábitos que siguen estructurando el patriarcado. Concluimos, entre otras cosas, que la ética del cuidado aplicada a la educación de los niños puede ser un giro radical en la concepción del ser humano.

**Palabras claves:** Masculinidades hegemónicas, fútbol, prostitución, patriarcado.

### **Machismo a tiempo parcial en la era del Feminismo: Pseudo ética del cuidado**

Las masculinidades hegemónicas se han significado históricamente por la educación del carácter, a través de una uniformidad de rasgos no cuestionados, de tal manera que acciones que están basadas en la fortaleza, la virilidad y la falta de emociones se conviertan en una virtud explícita, ejemplo social del estándar de la masculinidad.

Esta uniformidad venía dada por la multiplicidad de referentes simbólicos en la misma línea de ejecución, con rutinas predecibles, y con la amenaza del castigo de la exclusión: “No eres un hombre de verdad”. La identidad moral de grupo determinaba la inspiración de las relaciones con el otro, no necesariamente consciente, basadas en las prácticas de dominación, con un modelo ideal de masculinidad, que por parte de los norteamericanos representaría: un joven casado, blanco, urbano, heterosexual norteamericano, padre protestante, de educación universitaria, empleado a tiempo completo, de buen aspecto, peso y altura, con un récord reciente en deportes. Cada varón estadounidense tiende a observar el mundo desde esta perspectiva... Todo hombre que falle en calificar en cualquiera de estas esferas, es probable que se vea así mismo... como indigno, incompleto, e inferior (Kimmel, 1997: 50)

De esta manera, en cada contexto, se sabía lo que “se debía hacer”, sin crear un conflicto interno ya que las mujeres no habían alcanzado la condición de sujeto y por lo tanto no tenían los mismos derechos que los hombres. Sirva por lo tanto estas líneas como reconocimiento a los feminismos que han ayudado a visibilizar y desmontar la estructura patriarcal.

En la actualidad en tiempos de feminismo, la disonancia con el “otro mujer” hace que el machismo no sea una estructura a desempeñar 24 horas, sino que el machismo se metamorfosea en prácticas de pequeña duración dependiendo de los contextos, encuentros e interlocutores. No se puede ser totalmente machista porque el principio de justicia lo impide, por lo tanto el machismo se esconde y se reifica en contextos que se definen por un apoyo a sus

tesis, apoyados por otros hombres que actúan como otro generalizado patriarcal, dentro de un sistema de socialización claramente machista.

Antiguamente, el hombre ejercía su dominio bajo el modelo del universal injusto de la superioridad masculina como algo incuestionable, de tal manera que las acciones masculinas no estaban en cuestión por la moralidad de una situación.

Todo eso nos hace recordar la respuesta de una abuela de casi 90 años cuando les preguntamos a que dedicaba su tiempo libre de joven, ella nos respondió: A arreglar armarios. Su vida la resumía en la misma rutina de un trabajo continuo que empezaba levantándose la primera hora para preparar el desayuno del marido, y acostándose la última para terminar de recoger la casa. El hombre aparte de no hacer nada en el ámbito doméstico, tenía la conciencia tranquila, ya que eso no era tarea de hombres, y por lo tanto el tiempo libre, como otras muchas cosas era monopolio masculino.

El hombre, en este escenario, no manejaba ideales de justicia universal que le llevaran a estadios superiores de razonamiento moral, o un dilema filosófico sobre lo adecuado de esa situación. Simplemente era algo establecido, a través de procesos de socialización, donde el sentir, el egoísmo hacia la otra persona o el altruismo no entraban en el campo de estas relaciones humanas y por lo tanto el hombre excluía de esta experiencia la visión moral de la justicia y del cuidado.

Hoy en día se reconoce la justicia de la igualdad entre hombres y mujeres mientras que las prácticas no se encaminan en esta misma lógica. Existe un principio de disonancia entre la justicia y las praxis masculinas dentro de lo que podemos llamar “pseudo ética del cuidado”, pasar de puntillas por la ética del cuidado y no parecer machista mientras se sigue siendo machista.

Por lo tanto como hombre me puedo sentir incómodo, esa incomodidad que antes no existía, lo que conlleva a realizar algunas acciones que rompan la uniformidad del relato único de la experiencia masculina injusta que me auto justifique como benevolente o altruista “ayudando” a realizar labores para presentarme como ser digno. Está también sería una “nueva masculinidad”, pero no una masculinidad rompedora o disidente con el patriarcado.

Así la identidad machista adopta flexibilidad, por lo tanto se camufla mejor, al mismo tiempo se fragmenta y se vuelve inestable, ante la incertidumbre del rol a adoptar, sin la seguridad que proporcionaba las clásicas identidades masculinas hegemónicas, donde, utilizando las categorías de Gilligan, la interdependencia de justicia y cuidado, el pensar y el sentir, no generaban inquietudes.

La resistencia externa crea un conflicto interno y una melancolía por las prácticas hegemónicas perdidas en el transcurso de los años. Reconocer al otro y a la vez resistirse forma parte de esa crisis de la masculinidad contemporánea, donde la razón debería dejar lugar al sentimiento, a la empatía, a ponerse en lugar del otro, a ser cómplice del sufrimiento ajeno, y por lo tanto al auto cuestionamiento.

Lejos de autocuestionarse, las masculinidades hegemónicas de forma camaleónica se reinventan al mismo tiempo que se auto niegan al ser cuestionadas, y con ello descalifican el feminismo bajo el pretexto de que todo está conseguido. Mientras la maquinaria de socialización patriarcal sigue sembrando un campo abonado de masculinidades tóxicas a través de los medios de comunicación, las redes sociales, el sistema educativo y los roles desempeñados por el mundo adulto de diferenciación de la división social del trabajo.

Ser hombre en nuestra sociedad sigue siendo una categoría llena de privilegios, desde el mundo laboral a algo tan básico como la seguridad personal. Es cierto que ser hombre es desempeñar una categoría plural que se cruza con otras identidades, pero de partida es una categoría de privilegio, ya que el modelo hegemónico sigue siendo el modelo de referencia.

En este artículo vamos a pasar brevemente por algunos de los campos sociales, en el sentido de Bourdieu, en los que las masculinidades hegemónicas pueden desarrollar sus hábitos patriarcales como interiorización de modelos machistas que sirvan para sentirse hombres de verdad, ante el temor de que el hombre termine desapareciendo tal y como una vez fue conocido. En este ejercicio inconsciente de eterno retorno, las masculinidades hegemónicas performativizan sus acciones, revitalizando las identidades que sufren el acoso de la igualdad y de la justicia.

Las performances de las masculinidades necesitan de hombres y mujeres que no cuestionen el modelo clásico, y que en todo caso sigan las reglas de juego instauradas tradicionalmente. Para ello se precisan crear y recrear esos vínculos masculinos.

Un tema central en la discusión de la amistad masculina es la “creación de vínculos masculinos” (*male bonding*), término inventado por el antropólogo Lionel Tiger (1984, p. 208) con la explicación de que los “hombres ‘necesitan’ algunos lugares y/o ocasiones donde se excluyan a las mujeres” (Guttman, 1998, p. 64)

Escenarios como el fútbol, las redes sociales, los bares y los clubs de alterne son campos sociales donde la estructura patriarcal se permea y reproduce en las micro acciones. El patriarcado, como estructura de pensamiento no es algo que podamos ver caminando por la calle, algo identificable a primera vista, pero si es fácil descubrirlo a través de las relaciones

subjetivas que se crean en lo cotidiano. Siguiendo a Foucault (1980:108), el poder no está localizado únicamente en las grandes estructuras, sino también en las relaciones subjetivas, y es así como esos mecanismos de poder tienen lugar “de una manera mucho más minuciosa, cotidiana”.

A seguir, iremos comentar como el fútbol, los bares y los clubs de alterne sirven para reproducir la estructura patriarcal, performatizando masculinidades hegemónicas a través del cultivo/ejercicio de muchos habitus.

### **El fútbol como nueva batalla medieval**

Diferentes autores (González Aja, 2002; Da Matta, 1982; Brohm, 1982; Galeano, 1995), desde una perspectiva marxista, y en comparación con la religión, han destacado aquellos rasgos del fútbol que lo sitúan como opio del pueblo o adormecimiento de las masas, el nuevo panem et circences que desmoviliza o despolitiza. Mientras se ve fútbol y se piensa en fútbol, no se piensa en las cosas importantes que pasan a nuestro alrededor, el mundo, en cierta forma se congela en las competiciones como las copas del mundo, siendo la noticia mediática principal.

Las guerras medievales han dejado paso a las guerras de 11 millones contra otros 11 millones, que se apropian de identidades de estado nación y de la histeria colectiva ante la victoria y la derrota. La capacidad de movilización del fútbol es increíble cuando pensamos en la comparativa con causas sociales o desastres medio ambientales.

Da la impresión de que el narcótico del fútbol nos evade de la realidad, y el pobre y el rico se funden en un abrazo lejano porque son del mismo color de camiseta y comparten el mismo éxito de ficción. Da lo mismo pensar el fútbol desde la óptica de negocio capitalista, ya que la masa sólo ve identidades desplazadas de lo que es propio de uno, los “nuestros”. Es lo que describe González Aja (2002, p.192) como “cultura de evasión” en tiempos de dictadura pero que sirve como metáfora actual:

El fútbol formaba parte del tejido social y político de la dictadura. Formaba parte de la llamada “cultura de evasión”, su impacto social en la vida diaria durante el franquismo está a la vista de todos. El fútbol dominaba casi completamente la vida del español medio, llegando a denominarse “el deporte Rey”.

Ejemplo de esto es Brasil gran potencia de fútbol, y al mismo tiempo país con profundas capas de pobreza y miseria pero que ve en el fútbol la terapia a sus males, y un motivo de orgullo mundial a través de sus 5 campeonatos del mundo. Tal y como dice Da Matta (1982, p.34) “só nos dias dos jogos da seleção brasileira se pode observar o povo vestido com as cores da bandeira nacional, vivendo uma experiência concreta de união nacional”.

En el mundial de Sudafrica, España ganó su primer mundial y nos queda el recuerdo de la final, paseando por calles desiertas en Santiago de Compostela, como si estuviera viviendo un holocausto nuclear, sin nadie en la calle, hasta llegar a la explosión colectiva de la emoción por la victoria, la necesidad de llorar y celebrar, de bañarse en las fuentes públicas, de besar la bandera, los colores, de ritualizar al máximo la histeria de un triunfo que nos coloca en el mundo, que nos sitúa como potencia, lo mismo que en otros tiempos hacían los ejércitos al conquistar nuevos mundos, el orgullo de ser parte de los campeones... somos campeones... Necesitamos celebrar algo.

Brohm (1982) llama a esto nacionalismo deportivo y su función esencial es la de asegurar la cohesión nacional. La razón por lo tanto queda fuera tal y como dice Galeano (1995, p.36)

[...] el desprecio de muchos intelectuales por el balompié se funda en que la idolatría por la pelota es la superstición que el pueblo merece. Poseída por el fútbol, la plebe piensa con los pies, que es lo suyo, y en ese goce subalterno se realiza. El instinto animal se impone a la razón humana, la ignorancia aplasta a la cultura, y así la chusma tiene lo que quiere [...].

Desde el punto de vista de las masculinidades hegemónicas el fútbol es un caldo perfecto de cultivo para este tipo de identidades. Basta sólo asomarse a un entrenamiento de niños pequeños y ver el lenguaje de padres y madres hacia el equipo contrario y los árbitros. Jamás hemos visto esto en deportes feminizados como ballet, gimnasia rítmica, danza contemporánea o natación sincronizada.

El fútbol rezuma en agresividad y odio hacia el contrario, incluso el engaño con tal de ganar. Desde los estadios de fútbol, el ágora postmoderno, el aficionado performatiza su masculinidad hegemónica a través de los siguientes habitus:

- Mostrar la Fuerza a través de los grupos ultra con su parafernalia (“Porque luchan como hermanos, defendiendo su colores”);
- Alentar la Agresividad hacia el contrario;
- Insultar al contrario y al árbitro con calificativos machistas;

- Épica, heroicidad en los goles, lo que permite la conexión masculina;
- Festejos masculinizados donde el individuo se disgrega en la masa (“nunca caminarás solo”);
- La virilidad como clave de la victoria (ensalzando los atributos masculinos...);
- Cantos heroicos que recuerdan las batallas épicas (“Más de cien años lleva mi equipo luchando”, “Noble y bélico adalid, caballero del honor”);
- Expresiones homófobas y xenófobas;
- Machismo en los cánticos, lemas y pancartas;

Todos estos rasgos impulsan el habitus hegemónico de las masculinidades en crisis, encontrando en la masa de aficionados el otro generalizado imprescindible para reforzar la identidad masculina fluida y hacer de cortafuegos a los discursos feministas, se puede aplazar la necesidad de ser un hombre igualitario y dejarse llevar por la épica machista.

La lógica de la igualdad es incorporar a las mujeres a este universo viciado, en vez de impulsar nuevas narrativas deportivas sin contaminar, de tal manera que estos días se observa una gran satisfacción mediática acerca de las competiciones de fútbol femenino. Nuestro recelo en este caso tiene que ver con ese mal modelo de igualdad, ya que salvando las distancias, no entendemos la igualdad en los videojuegos como conseguir que la protagonista del GTA fuera una mujer que se dedica a atropellar peatones, pelear, y matar a hombres ejerciendo la prostitución; ocupar el lugar del hombre como mal modelo, más bien el cambio sería buscar otro relato, otra narrativa disidente.

### **Los bares como templos masculinos**

Es habitual, inclusive en la actualidad, encontrarse en los bares reductos de las masculinidades hegemónicas que tienen el monopolio del ocio y tiempo libre. Lo público aparece como un espacio de sociabilidad masculina, que denota los poderes de la sociedad a través de la exclusión tácita de determinados grupos de personas. Este escenario ejemplifica perfectamente la clásica división público/privado. Tal y como dice Celia Amorós (1990, p. 9), el espacio público se considera como el del reconocimiento, al ser el espacio “de los que se autoinstituyen sujetos de contrato social, donde no todos los que tienen el poder, pero al menos pueden tenerlo, son percibidos como posibles candidatos o sujetos de poder”.

Incluso en un marco jurídico de igualdad y la feliz incorporación de las mujeres al ámbito de lo público no conlleva la igual presencia de hombres en lo privado sino que se acentuó

la figura de la *superwoman*, “un ideal angustioso de mujer que tiene que combinar el dominio del mundo privado, del amor, del erotismo y de la maternidad, con el universo público de la profesionalidad” (Blanco, 1997, p. 100).

En este desequilibrio, el incremento del tiempo que los varones destinan al trabajo doméstico resulta insignificante si se compara el aumento del tiempo destinado al trabajo asalariado o al empleo por parte de las mujeres.

Por lo tanto los tiempos de ocio siguen teniendo protagonismo masculino y el hogar el protagonismo femenino. En esta dialéctica, cuando aparece una mujer en algunos de estos escenarios masculinizados, es como si se rompiera un orden simbólico oculto, como entidad fuera de lugar, por lo que el juego de miradas masculinas deja claro esa ruptura de orden. Tal y como dice Delgado (2007, p. 237), la incursión de las mujeres al espacio público no ha supuesto “la desaparición de la naturaleza fuertemente sexuada de la actividad en las calles y plazas, ni en los lugares semipúblicos de diversión”.

Estos espacios llevan implícita la subordinación patriarcal de las mujeres, a través de la sobreexposición de la mirada y el piropo como mecanismos de limitación y control.

En estos escenarios la performatividad de las masculinidades hegemónicas se estructuran en base a los siguientes hábitos:

- Ocupación de espacios públicos;
- Dominio del tiempo libre: ver el partido, jugar a las cartas, leer el periódico, jugar al billar;
- Dominio de la conversación con los colegas a través de tópicos como la política (arreglar el mundo), chistes machistas y homófobos, presumir de la virilidad, conversar sobre fútbol;
- Juego de miradas con respecto a las mujeres que están en el bar, a través de una estudiada performatividad de la corporalidad, siguiendo el estereotipo del macho seductor;
- Camaradería;
- Exaltación de la Amistad con el alcohol por el medio;
- Coqueteo con la camarera, utilizando adjetivos como rubia, morena, panchita...;

Este campo social dominado por hombres hegemónicos se construye como microsociedad sobre todo en muchos bares con presencia exclusivamente masculina.

## Los clubs de alterne: mujeres enfatizadas

Ya se ha escrito mucho sobre la prostitución femenina como perpetuadora de la lógica fálica con la que se producen los significados dentro del sistema patriarcal, y donde el poder y el rol activo, han sido tradicionalmente asignados a la sexualidad masculina.

La sexualidad acumulativa, el Macsexo, entran en el espíritu competitivo de las masculinidades hegemónicas, con el distanciamiento de todo lo que tenga que ver con el ámbito de las emociones. En el mundo del feminismo, cada vez más mujeres, no sólo se distancian del imaginario del Príncipe Azul, sino que tampoco se dejan seducir por el primer machista que aparece, lo cual complica la seducción acumulativa de las masculinidades hegemónicas, si bien, el modelo del “malote” sigue teniendo su atracción, tal y como observar en la poética postmoderna del trovador Bad Bunny:

“Sigue tu camino que sin ti me va mejor  
Ahora tengo a otras que me lo hacen mejor  
Si antes yo era un hijo de puta, ahora soy peor  
Ahora soy peor, ahora soy peor, por ti”.

Para seguir acumulando virilidad, se debe percibir a las mujeres como objetos sexuales, como cosas, como trofeos de los que presumir (queda aquí un recuerdo para Verónica, que se suicidó después de que circulara un video de ella con contenido sexual, a través de las redes sociales de los compañeros de trabajo). Tal y como lo expresan Gómez *et al.* (2015, p. 26) “hoy en día, la virilidad se construye a través de una ‘compulsiva vida sexual’ de la que se presume delante del grupo de pares”.

En los clubs de alterne, común en Brasil y España, aparecen un montón de mujeres teatralizadas, cuerpos-máquina, con la única misión de complacer al cliente.

En este refugio de masculinidad hegemónica, los habitus de los hombres tienen una serie de rasgos:

- Poder ver, tocar y piropear, sin ninguna cortapisa, a las mujeres que a uno le apetezca;
- No hay límites, todo esta permitido, inclusive la humillación;
- Tener un amplio catálogo de elección de mujeres, ritualizadas con sus ropas sensuales y fetiches eróticos, y ritualizadas también en su gestualidad;
- Poder satisfacer los deseos sexuales propios sin importar la otra parte. No se puede empatizar ni tan siquiera con el sufrimiento ajeno;
- Ver a las mujeres como seres que no tienen subjetividad: todas son putas;

- Recibir propuestas de diversas mujeres, sentirse con la capacidad de escoger.

Sin duda esta practica masculina necesita buscar estrategias mentales que permitan obviar la realidad de mujeres que son explotadas, mujeres tristes, mujeres con problemas económicos, mujeres con familias a miles de km.

Se necesita suprimir las emociones de la masculinidad y la empatía hacia el otro. La autoexplicación más fácil: son viciosas, lo hacen porque quieren, en el fondo me quieren robar, son lo peor... Hasta el insulto “hijo de puta”, y no “hijo de explotador sexual” o “hijo de putero” es lo peor que te pueden llamar en una sociedad hipocrática con estas mujeres.

## Conclusiones

Debemos seguir avanzando en la deconstrucción de las masculinidades hegemónicas, no podemos permitir que se continúe en el camino de “enseñar a los hombres a ser duros, a reprimir la empatía y a no permitir que las preocupaciones morales pesen demasiado cuando el objetivo es la victoria” (Miedzian 1995, p. 66), lo que Rita Laura Segato denomina la “pedagogía de la crueldad”. Hay que romper con los modelos de socialización que siguen educando a los niños en los valores de las masculinidades hegemónicas.

Muchas identidades masculinas están instaladas en la “pseudoética de los cuidados”, y comiezan a sentir la incomodidad de unos tiempos feministas, que empujan al vacío a las identidades socio históricas de las masculinidades clásicas ajenas al mundo de los cuidados.

En este escenario, aparecen múltiples refugios de estas masculinidades, que pueden seguir performativizando sus acciones en defensa de tiempos perdidos, o metamorfosis inacabadas de hombres convencidos de la igualdad.

La ética del cuidado aplicada a la educación de los niños puede ser un giro radical en la concepción del ser humano, ya que frente a la consideración del hombre como ser independiente, falta de emociones, auto suficiente y ocupador del espacio público aquí se nos abre la puerta a una nueva lógica de transformación en las relaciones entre las personas, y más en concreto la necesidad de los hombres de tomar un protagonismo necesario en los cuidados.

Para ello se debe abrir el currículo escolar a las experiencias que históricamente fueron discriminadas por su consideración femenina, introduciendo de forma transversal el cuidarse mutuamente como un bastión para contruir una sociedad más igualitaria.

También debería transformarse todas las condiciones que delimitan nuestras vidas, más volcadas en el ámbito productivo y en el consumo exagerado como forma de ocio. El diálogo aparece como un instrumento necesario para reconocer al otro próximo.

Se necesitan cambios radicales, pero históricamente ya se dieron otros cambios radicales impensables en aquellos momentos.

La imagen congelada del hombre cayendo del rascacielos es la mejor forma de expresar el momento actual de las masculinidades... buscando un lugar en un orden social que sólo existe en sus recuerdos.

## REFERENCIAS

AMORÓS, C. (1990). *Mujer: participación, cultura política y Estado*. **Cuadernos Mujer Hoy**. Buenos Aires: Ediciones de la Flor

BLANCO, C. (1997): **El contradiscurso de las mujeres: historia del feminismo**. Vigo: Nigra.

BROHM, Jean-Marie (1982). **Sociología política del deporte**. México: Fondo de Cultura Económica.

DA MATTA, R. et. Al (1982). **Universo do futebol**. Rio de Janeiro: Pinakotheke.

Delgado, M. (2007). **Sociedades movedizas: pasos hacia una antropología de las calles**. Barcelona: Anagrama.

FOUCAUT, M. (1980). **Microfísica del poder**. Madrid: Edissa

GALEANO, E. (1995). **El fútbol a sol y sombra**. Madrid: Siglo XXI.

GÓMEZ SUÁREZ, Águeda; PÉREZ FREIRE, Silvia; VERDUGO MATÉS, Rosa María (2015). **El putero español. Quiénes son y qué buscan los clientes de prostitución**. Madrid: Catarata.

GONZÁLEZ AJA, T. (2002). La política deportiva en España durante la República y el Franquismo”. En: GONZÁLEZ AJA, T. (ed.). **Sport y autoritarismos**. Madrid: Alianza Editorial, p. 169-201.

GUTTMAN, M. C. (1998). *Traficando con hombres. La antropología de la masculinidad*. **Revista de Estudios de Género**. La ventana; vol. 8 pp. 47-99

KIMMEL, M. (1997): “Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina” en Valdés, T., Olavarria, J (coord.) **Masculinidades, poder y crisis**. Santiago de Chile: Ed. de las Mujeres. p. 49-62.

MIEDZIAN, M., (1995): **Chicos son, hombres serán, ¿cómo romper los lazos entre masculinidad y violencia?** Madrid: Horas y horas.

#### SOBRE OS AUTORES:

##### **Jorge Garcia Marin**

Doutor pela Universidade de Santiago de Compostela (USC). Atualmente é professor do Departamento de Sociologia da Universidade de Santiago de Compostela. Participa do Programa de Pós-Graduação em Educação e Gênero, atuando nas linhas de pesquisas sobre Masculinidades Tóxicas, Gênero e Redes Sociais. No âmbito dessas linhas de pesquisa tem desenvolvidos projetos educativos e de intervenção social em seu país e em países da América Latina. É membro colaborador do Museu Pedagógico da Universidade Estadual do Sudoeste da Bahia (UESB) e do Grupo de Pesquisa em Didática das Ciências Experimentais e da Matemática (GDICEM) desta mesma Universidade desde 2002. E-mail: [jorge.marin@usc.es](mailto:jorge.marin@usc.es)

 <http://orcid.org/0000-0003-0651-6465>

##### **Tânia Cristina Rocha Silva Gusmão**

Doutora em Didática da Matemática pela Universidade de Santiago de Compostela (USC). Professora na Universidade Estadual do Sudoeste da Bahia (UESB), no Programa de PósGraduação em Educação Científica e Formação de Professores e no Programa de PósGraduação em Ensino, ambos na UESB. Coordenadora do Grupo de Estudos e Pesquisas Museu Pedagógico: Didática das Ciências Experimentais e da Matemática (GDICEM/UESB). E-mail: [professorataniagusmao@gmail.com](mailto:professorataniagusmao@gmail.com)

 <http://orcid.org/0000-0001-6253-0435>

Recebido em: 30 de agosto de 2019  
Aprovado em: 28 de setembro de 2019  
Publicado em: 27 de março de 2020